

Commemoración de todos los fieles difuntos

2 de noviembre

Creemos por fe que la muerte no es el final de la existencia humana, sino la entrada en una condición de vida nueva y definitiva: en Dios y junto con todos los redimidos. La realidad de la comunión de los santos nos da la certeza de que los hermanos todavía no purificados del todo pueden recibir ayuda y consuelo por medio de nuestra oración. Por eso la Iglesia, acogiendo una antigua tradición monástica, ha dedicado un día entero a la oración de sufragio por los fieles difuntos, fijando su fecha en el 2 de noviembre, inmediatamente después de la fiesta de Todos los santos.

LECTIO

Primera lectura: Job 19,1.23-27a

¹ Job tomó la palabra y dijo:

²³ ¡Ojalá se escribieran mis palabras!

¡Ojalá se grabaran en el bronce!

²⁴ ¡Ojalá con punzón de hierro y plomo
se esculpieran para siempre en la roca!

²⁵ Pues yo sé que mi defensor está vivo
y que él, al final, se alzaré sobre el polvo;

²⁶ y después que mi piel se haya consumido,
con mi propia carne veré a Dios.

²⁷ Yo mismo lo veré,
lo contemplarán mis ojos, no los de un extraño,
y en mi interior suspirarán mis entrañas.

➔ No resulta fácil compartir el sufrimiento de otro. Los amigos de Job no le ofrecen más que discursos hechos a partir de tópicos y frustrados por una sabiduría demasiado fácil. Muy distintas son las palabras de su respuesta. En efecto, cuando se encuentra casi en el umbral de la muerte y la soledad le destroza el corazón (vv. 19-22), Job intuye que Dios es su redentor, su *go'el*, o sea –siguiendo la práctica jurídica judía–, el pariente cercano que debe comprometerse a rescatar corriendo con los gastos (o vengar) a su pariente en caso de esclavitud, de pobreza, de asesinato. Así pues, Job puede apelar a Dios como a su último defensor, como al ser vivo que se compromete a sí mismo en favor del hombre que muere, puesto que entre Dios y el hombre existe una especie de parentesco, un vínculo indisoluble. Job lo afirma con vigor (vv. 26ss): sus ojos contemplarán a Dios con la familiaridad de quien no es extraño a su vida.

Segunda lectura: Romanos 5,5-11

Hermanos: ⁵ Una esperanza que no engaña porque, al darnos el Espíritu Santo, Dios ha derramado su amor en nuestros corazones.

⁶ Estábamos nosotros incapacitados para salvarnos, pero Cristo murió por los impíos en el tiempo señalado. ⁷ Es difícil dar la vida incluso por un hombre de bien, aunque por una persona buena quizá alguien esté dispuesto a morir. ⁸ Pues bien, Dios nos ha mostrado su amor haciendo morir a Cristo por nosotros cuando aún éramos pecadores. ⁹ Con mayor razón, pues, a quienes ha puesto en camino de salvación por medio de su sangre los salvará definitivamente del castigo. ¹⁰ Porque si siendo enemigos Dios nos reconcilió consigo por la muerte de su Hijo, mucho más, reconciliados ya, nos sal-

vará para hacernos partícipes de su vida.¹¹ Y no sólo esto, sino que nos sentimos también orgullosos de un Dios que ya desde ahora nos ha concedido la reconciliación por medio de nuestro Señor Jesucristo.

➤ La esperanza del hombre frente al enigma de la muerte no es vana. Como ya había intuido Job, Dios es realmente nuestro «*Redentor*», porque nos ama. Se ha comprometido a rescatarnos de la esclavitud del pecado y de la muerte pagando el precio de la sangre de su Hijo (vv. 6-9), de un modo absolutamente gratuito. Nosotros, en efecto, éramos pecadores, impíos, enemigos, pero el Señor nos ha reconocido como «suyos» y ha muerto por nosotros, arrancándonos de la muerte eterna. Por medio del bautismo, y participando en el misterio pascual de Cristo, es como acogemos esta gracia. Su muerte nos ha reconciliado con el Padre, su resurrección nos permite vivir como salvados. Rompiendo continuamente los lazos con el pecado y dejándonos guiar por el Espíritu derramado en nuestros corazones, actualizamos cada día la gracia de nuestro nuevo nacimiento.

Evangelio: Juan 6,37-40

En aquel tiempo, dijo Jesús a la muchedumbre: ³⁷ Todos los que me da el Padre vendrán a mí, y yo no rechazaré nunca al que venga a mí. ³⁸ Porque yo he bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado. ³⁹ Y su voluntad es que yo no pierda a ninguno de los que él me ha dado, sino que los resucite en el último día. ⁴⁰ Mi Padre quiere que todos los que vean al Hijo y crean en él tengan vida eterna, y yo los resucitaré en el último día.

➤ El verdadero centro de esta perícopa es la voluntad de Dios, a cuyo cumplimiento está orientada por completo la misión de Jesús (v. 38). Esa voluntad es un de-

signio de vida y de salvación ofrecido a todo hombre («*todos*»: v. 40) a través de la mediación de Cristo, a fin de que nadie se pierda (v. 39). El designio de Dios manifiesta así su ilimitada gratuidad y, al mismo tiempo, la afectuosa atención de su caridad con cada uno. Para recibirla, es preciso responder con el libre consentimiento de la fe: quien cree en el Hijo tiene ya desde ahora la vida eterna, porque se adhiere a aquel que es la resurrección y la vida, y sólo él puede llevarnos consigo más allá del insuperable límite de la muerte.

MEDITATIO

Ante la muerte se impone el silencio, ese silencio que, haciéndonos entrar en el diálogo de la eternidad y revelándonos el lenguaje del amor, nos pone en una comunicación profunda con este insondable misterio. Existe un vínculo fortísimo entre aquellos que han dejado de vivir en el espacio y en el tiempo y los que se encuentran aún inmersos en ellos. Si bien la desaparición física de las personas queridas nos hace sufrir su inalcanzable lejanía, mediante la fe y la oración experimentamos una más íntima comunión con ellos. Cuando parece que nos dejan es en realidad el momento en el que se establecen más firmemente en nuestra vida: siguen estando presentes en nosotros, forman parte de nuestra interioridad, los encontramos en esa patria que ya llevamos en el corazón, allí donde habita la Trinidad.

San Pablo nos anima a vivir de una manera positiva el misterio de la muerte, haciéndole frente día tras día, aceptándola como una ley de la naturaleza y de la gracia, para ser despojados progresivamente de lo que debe perecer hasta encontrarnos ya milagrosamente transformados en aquello en que debemos convertirnos. La «muerte cotidiana» se revela así más bien como un nacimiento: el lento declinar y el ocaso desembocan en un

alba luminosa. Todos los sufrimientos, las fatigas y las tribulaciones de la vida presente forman parte de este necesario, de este cotidiano morir, a fin de pasar a la vida inmortal. Debemos vivir fijando nuestra mirada en el objeto de la bienaventurada esperanza, apoyándonos únicamente en la fidelidad del Señor, que nos ha prometido la eternidad.

Si vivimos así, cuando llegemos al ocaso de esta vida no veremos caer las tinieblas de la noche, sino que aparecerá ante nosotros –una expectativa sorprendente, no obstante–, el alba de la eternidad y tendremos la inefable alegría de sentirnos una sola cosa con el Señor. Después de una larga fatiga seremos plenamente suyos y esa pertenencia será plenitud de bienaventuranza en la visión cara a cara.

ORATIO

Señor, cada día se eleva desde la tierra una acongojada oración por aquellos que han desaparecido en el misterio: la oración que pide reposo para el que expía, luz para el que espera, paz para quien anhela tu amor infinito. Descansen en paz: en la paz del puerto, en la paz de la meta, en tu paz, Señor. Que vivan en tu amor aquellos a los que he amado, aquellos que me han amado. No olvides, Señor, ningún pensamiento de bien que me haya sido dirigido, y el mal, oh Padre, olvídalo, cáncéalo. A los que pasaron por el dolor, a los que parecieron sacrificados por un destino adverso, revélales, contigo mismo, los secretos de tu justicia, los misterios de tu amor. Concédenos esa vida interior para que en la intimidad nos comuniquemos con el mundo invisible en el que están: con ese mundo fuera del tiempo y del espacio que no es lugar, sino estado, y no está lejos de nosotros, sino a nuestro alrededor; que no es de muertos, sino de vivos (Primo Mazzolari).

CONTEMPLATIO

Señor, Señor Jesús, tú eres la vida eterna de la patria verdadera y eterna, puesto que tú nos la has procurado. Tú eres la lámpara de la casa paterna que ilumina suavemente, tú eres el sol de la justicia en la tierra, tú eres el día que no llega nunca al término, tú eres el lucero del alba. Allí sólo tú eres el templo, el sacerdote y la víctima. Tú sólo el rey y el jefe, el Señor y el maestro; tú eres el sendero de la unificación, tú eres el manantial y la paz, tú eres la dulzura infinita. Allí todos los que te pertenecen te siguen, y tú estás siempre, no te vas nunca, diriges la casta danza sobre los prados de la alegría...

Por eso, cuando se despierta en nosotros la nostalgia de la vida eterna, de la patria verdadera, de la comunión con todos los santos allá arriba en la ciudad que está sobre los montes elevados, entonces debemos convertirnos aquí abajo en humildemente pequeños en la casa del Señor, debemos cargar sobre nosotros la aflicción junto con nuestra Madre dolorosa, la Iglesia (Quodvultdeus de Cartago, cit. en K. Rahner, *Mater Ecclesiae*, Milán 1972, p. 108).

ACTIO

Repite hoy con frecuencia esta oración:

«Dales, Señor, el descanso eterno; brille para ellos una luz perpetua. Descansen en paz. Amén».

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

No se debe morir cuando se ama. La familia no debería conocer la muerte. Se unen para la eternidad, y para la eternidad dan la vida a otras personas. La muerte no es sólo el huésped que no se puede evitar. Se podría decir que es un miembro de

la familia, un miembro celoso que, cuando llega, aleja a otros. Sea quien sea la persona que veamos alejarse, la vida queda cambiada. Toda muerte lacera la carne común. La familia, precisamente porque es preparación para la vida, es también preparación para la muerte, y en esta cita común con el misterio no es posible saber quién será llamado el primero.

¿Por qué no se nos permite morir al mismo tiempo? Éste sería el deseo más vivo del amor, una nueva bendición nupcial a la que consentiríamos con alegría. Pero ese caso es muy raro. La Providencia tiene otros fines. Algunos de ellos son evidentes, otros se nos escapan. Por eso es difícil la fe. Nos creemos víctimas de la fatalidad, y no pensamos que, también con la muerte, sigue siendo el amor un don insigne. En una casa hay desgracias mucho más graves que la muerte. ¡Cuántas tragedias ocurren sin que nadie haya desaparecido, y cuánta ternura conservada en ausencia de las personas queridas!

La muerte no es siempre una enemiga. Mientras la padece, el amor es capaz de vencerla. Vivir significa con frecuencia separarse; morir significa, en cambio, reunirse. No es una paradoja: para aquellos que han llegado al amor más grande, la muerte es una consagración y no una ruptura. En el fondo, nadie muere verdaderamente, porque nadie puede salir de Dios. Ese que nos parece haberse detenido de improviso continúa su camino. Ha sido como pasar una página, mientras escribía su vida. De él hemos perdido lo que poseíamos de una manera temporal, pero se posee para la eternidad sólo lo que se ha perdido. La vida y la muerte no son más que aspectos diferentes de un único destino; cuando se entra en él con el corazón, ya no se distingue (A. G. Sertillanges, *Nos disparus*, París 1970, pp. 5-10, *passim*).

San Martín de Porres

3 de noviembre

San Martín de Porres nació en Lima, Perú, el 9 de diciembre de 1579. Sus padres fueron Juan, un caballero español, y Ana, una negra libre panameña. Pasó unos años de su infancia en Ecuador. De regreso con su madre en Lima, a los 12 años trabaja de aprendiz de peluquero y asistente de sacamuelas. Conoce al dominico fray Juan de Lorenzana y éste le invita a entrar en el convento. La legislación de entonces le impedía ser religioso por el color y por la raza. Martín ingresa como donado. En una visita que hace su padre al convento, habla con el padre superior y fray Martín pasa a ser hermano cooperador. El 2 de junio de 1603 se consagra a Dios con la profesión religiosa en la orden de Predicadores. Su anhelo es «*pasar desapercibido y ser el último*». La escoba y la cruz serán las compañeras inseparables de su vida conventual.

Muere el 3 de noviembre de 1639. El 6 de mayo de 1963, 300 años después de su muerte, fue canonizado por su buen devoto el papa Juan XXIII.

LECTIO

Primera lectura: 1 Pedro 4,7-11

⁷ Se acerca el fin de todas las cosas. Sed sobrios y dedicaos a la oración. ⁸ Ante todo, amaos ardientemente unos a otros, pues el amor alcanza el perdón de todos los pecados. ⁹ Practi-

cad de todo corazón la hospitalidad unos con otros. ¹⁰ Que cada cual ponga al servicio de los demás los dones que haya recibido como corresponde a buenos administradores de los distintos carismas de Dios; ¹¹ el que tenga el don de la palabra que use de él como el que comunica palabras de Dios; el que presta un servicio que lo haga como mandatario de Dios, de manera que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo, al cual se debe la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

➔ En qué pocos versículos de esta carta de Pedro se concentran los artículos del credo que el autor desgrana a lo largo de todo el escrito. Con la resurrección de Cristo ha entrado la historia en su fase última, está encaminada a su cumplimiento. Esta condición desemboca en un nuevo modo de existir que se refleja en todas las expresiones de la existencia.

Moderación, oración, caridad, hospitalidad, valoración de los carismas para la construcción de la comunidad, glorificación del Padre en Jesús: constituyen expresiones armónicas de esta vida regenerada. La vida del creyente debe ser fraterna, participe de los sufrimientos de Cristo, y estar empapada en la esperanza de la gloria que nos espera.

La oración alimenta la caridad. Y cuando ésta es recíproca, sincera y cordial, constituye el antídoto contra los pecados que acechan la paz comunitaria.

La caridad se manifiesta en la acogida recíproca, en la solicitud por los débiles en la fe, en el compartir con los demás los dones y carismas recibidos...

En estos cinco versículos aparecen mencionados expresamente dos puntos a tomar en cuenta en toda comunidad cristiana: el servicio de la Palabra de Dios, para transmitir y defender el Evangelio, y las diferentes modalidades de participación en las responsabilidades comunitarias, los distintos carismas de los miembros, para el bien de todos.

La doxología final está dirigida al Padre por medio de Jesús y a Jesús mismo, de manera que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo *«al cual se debe la gloria y el poder por los siglos de los siglos»*.

Evangelio: Lucas 10,30-37

³⁰ Jesús respondió: «Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó y cayó entre ladrones, que le robaron todo lo que llevaba, le hirieron gravemente y se fueron dejándolo medio muerto. ³¹ Un sacerdote bajaba por aquel camino; al verlo, dio un rodeo y pasó de largo. ³² Igualmente un levita que pasaba por allí, al verlo, dio un rodeo y pasó de largo. ³³ Pero llegó un samaritano que iba de viaje y, al verlo, se compadeció de él; ³⁴ se acercó, le vendó las heridas, echando en ellas aceite y vino; lo montó en su cabalgadura, lo llevó a una posada y cuidó de él. ³⁵ Al día siguiente sacó unos dineros y se los dio al posadero, diciendo: Cuida de él, y lo que gastes de más yo te lo pagaré a la vuelta. ³⁶ ¿Quién de los tres te parece que fue el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?». ³⁷ Y él contestó: «Aquel que se compadeció de él». Jesús le dijo: «Anda y haz tú lo mismo».

➔ La figura del buen samaritano, que se hizo prójimo de quien necesitaba su ayuda, debió de ser muy familiar para fray Martín. Sin mucha teología estudiada pero con mucho amor practicado, Martín la hizo suya con toda sencillez.

El marco que encuadra esta parábola es la discusión de Jesús con los «sabios y entendidos» sobre el amor al prójimo. Aquel maestro de la Ley buscaba una aclaración sobre quién es mi prójimo. Pero Jesús no da definiciones abstractas, no marca los límites de una definición. Para él, el límite del amor es amar sin límites. El amor no debe quedarse sólo en uno mismo, ni en su casa, ni en su pueblo, ni en su color, ni en su credo religioso.

Jesús, el buen samaritano, responde: Tú eres el prójimo de todos y a todos debes amar y servir. Y a nosotros

se nos complica la vida porque aquel viajero solitario de la parábola que quedó medio muerto en el camino tiene rostro y nombre actualmente: tal vez pertenece a la propia familia o a la misma comunidad y lo tenemos marginado; o es un drogadicto, un desempleado, un enfermo, un anciano; o son millones de rostros de emigrantes y pobres del mundo.

Y Jesús nos sigue diciendo como al maestro de la Ley: «Preocúpate de ellos y vivirás».

MEDITATIO

No es necesario ser fariseo ni tener mala voluntad para dejarnos llevar por la tentación de separar el amor a Dios y el amor al prójimo. La parábola del buen samaritano, tan conocida y meditada, es fundamental para captar la experiencia religiosa que nos trae Jesús. En este relato descubrimos enseguida lo fundamental de su contenido:

– No podemos separar el amor a Dios y el amor al prójimo. Son las dos caras de la misma moneda. «Tuve hambre»... «Tuve sed»... «Estuve enfermo»... «Cuando lo hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis».

– Mi prójimo no es aquel que se acerca a mí, sino aquel a quien yo me acerco. ¿Quién de estos tres –pregunta Jesús– se hizo prójimo del herido? Soy yo quien debe aproximarse.

– ¿De quién tengo que hacerme prójimo, a quién tengo que acercarme? La parábola lo expresa con mucha claridad: a cualquiera que esté caído, marginado, atropellado en los caminos o en los juzgados, despojado de sus derechos...

– No nos andemos con rodeos... Los dos personajes, representantes oficiales del templo y el culto, que die-

ron un rodeo para cumplir con Dios, abandonando al prójimo, quedan descalificados en esta parábola.

– Otro punto clarísimo que descubrimos en este relato es la apertura a los extranjeros, a los que en aquel tiempo eran tenidos por herejes o de otra religión: los samaritanos. Al jurista le da grima pronunciar su nombre, y dice simplemente «aquel». Sin embargo, Jesús le dice: «Anda y haz tú lo mismo».

Todo esto me hace pensar que san Martín de Porres, el sencillo «fray escoba», no sabía mucho de leyes, ni de normas escritas en los papeles. Él se dejaba mover más por la ley del amor escrita en los corazones. ¡Y ahí lo tenemos de modelo!

ORATIO

Señor, Dios nuestro, que has querido conducir a san Martín de Porres por el camino de la humildad a la gloria del cielo, concédenos la gracia de seguir sus ejemplos, para que merezcamos ser contados con él en la gloria.

CONTEMPLATIO

Martín nos demuestra, con el ejemplo de su vida, que podemos llegar a la salvación y a la santidad por el camino que nos enseñó Cristo Jesús: a saber, si en primer lugar amamos a Dios con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con todo nuestro ser y si, en segundo lugar, amamos a nuestro prójimo como a nosotros mismos.

Él sabía que Cristo Jesús padeció por nosotros y, cargado con nuestros pecados, subió al leño, y por esto tuvo un amor especial a Jesús crucificado, de modo que, al contemplar sus atroces sufrimientos, no podía evitar

el derramar abundantes lágrimas. Tuvo también una singular devoción al santísimo sacramento de la eucaristía, al que dedicaba con frecuencia largas horas de oculta adoración ante el sagrario, deseando nutrirse de él con la máxima frecuencia que le era posible.

Además, san Martín, obedeciendo al mandamiento del divino Maestro, se ejercitaba intensamente en la caridad con sus hermanos, caridad que era fruto de su fe íntegra y de su humildad. Amaba a sus prójimos porque los consideraba verdaderos hijos de Dios y hermanos suyos, y los amaba aún más que a sí mismo, ya que, por su humildad, los tenía a todos por más justos y perfectos que él.

Disculpaba los errores de los demás; perdonaba las más graves injurias, pues estaba convencido que era mucho más lo que merecía por sus pecados; ponía todo su empeño en retornar al buen camino a los pecadores; socorría con amor a los enfermos; procuraba comida, vestido y medicinas a los pobres; en la medida que le era posible, ayudaba a los agricultores y a los negros y mulatos, que, por aquel tiempo, eran tratados como esclavos de la más baja condición, lo que le valió, por parte del pueblo, el apelativo de «Martín de la caridad».

Este santo varón, que con sus palabras, su ejemplo y sus virtudes impulsó a sus prójimos a una vida de piedad, ahora goza de un poder admirable para elevar nuestras mentes a las cosas celestiales. No todos, por desgracia, son capaces de comprender estos bienes sobrenaturales, no todos los aprecian como es debido; al contrario, son muchos más los que, enredados en sus vicios, los menosprecian, los desdeñan o los olvidan completamente. Ojalá que el ejemplo de Martín enseñe a muchos la dulzura y la felicidad que se encuentran en el seguimiento de Jesucristo y en la sumisión a sus divinos mandatos.

(De la homilía del papa Juan XXIII en la canonización de san Martín de Porres.)

ACTIO

A san Martín de Porres popularmente se le llama con cariño «fray Escoba». Parece que era su instrumento de trabajo. Con él servía a su comunidad. Pues yo hoy, al barrer, al servir con humildad a los demás, le voy a pedir que me haga sencillo y humilde, como lo fue él por amor a Cristo.

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

San Martín ve confirmado en su persona el Evangelio: «*El que se humilla será ensalzado*». Este hombre, que sintonizaba con la oscuridad de su piel y disfrutaba en Dios al verse humillado y postergado, pasados los siglos será un santo que centre en su persona dos continentes: Europa y América.

San Martín es querido por todos, invocado por ricos y pobres, enfermos y menesterosos, por hombres de ciencia y por ignorantes. Juan XXIII sentía verdadera devoción por san Martín de Porres: una pequeña imagen de marfil presidía la mesa de su despacho y él mismo lo canonizó el 6 de mayo de 1962.

Su imagen o su estampa va en los viajes, está en las casas y en los hospitales, en los libros de rezo y en los de estudio. Todo porque fue humilde, obediente y, como dijera Juan XXIII, «*es Martín de la caridad*». A nadie extraña que sea patrono de los Hermanos Cooperadores Dominicos, del gremio de los peluqueros, de la limpieza pública, los farmacéuticos y los enfermeros. Una congregación sudafricana le tiene por abogado: son las Hermanas Dominicas de San Martín de Porres. Todos se gozan de que *fray Escoba* sea su patrono y su ejemplo.

Dedicación de la basílica de Letrán

9 de noviembre

La basílica del Santísimo Salvador y de San Juan fue fundada por el papa Melquíades (311-314) sobre la colina romana de Letrán, en un terreno cedido para tal fin por el emperador Constantino. Desde el siglo XII se viene celebrando el aniversario de su dedicación con una fiesta litúrgica, primero sólo en Roma y después en todas las Iglesias de rito romano, por ser considerada la «iglesia madre de todas las iglesias de la urbe y del orbe».

LECTIO

Primera lectura: 1 Reyes 8,22-23.27-30

En aquellos días, ²² Salomón se colocó ante el altar del Señor a la vista de toda la asamblea de Israel y, levantando sus manos al cielo, ²³ dijo:

–Señor, Dios de Israel, no hay Dios como tú ni en los cielos ni en la tierra. Tú guardas fielmente la alianza hecha con tus siervos si caminan en tu presencia de todo corazón. ²⁷ Pero ¿acaso puede habitar Dios en la tierra? Si el universo en toda su inmensidad no te puede contener, ¡cuánto menos este templo construido por mí! ²⁸ No obstante, atiende, Señor, Dios mío, la oración y la súplica que tu siervo te dirige hoy; ²⁹ ten tus ojos abiertos noche y día sobre este templo, al que te referiste diciendo: «Aquí se invocará mi nombre». Escucha la plegaria que tu siervo te hace en este lugar. ³⁰ Escucha las súplicas

plicas que tu siervo y tu pueblo, Israel, te hagan en este lugar; escúchalas desde el cielo, lugar de tu morada, atiéndelas y perdona.

➔ «*Aquí se invocará mi nombre*» significa bíblicamente «*aquí estará mi presencia*». Esto produce estupor en Salomón. ¿Cómo puede contener una construcción de piedra a aquel a quien no pueden contener los cielos, por ser el Creador infinito?

De aquí el estupor del rey ante la perspectiva del culto futuro: «*¿Acaso puede habitar Dios en la tierra?*» (v. 27). ¿Cómo puede tener el Altísimo tanta familiaridad con sus siervos? Alianza y misericordia son la respuesta a la pregunta planteada por Salomón: así es como la oración del rey apela a la promesa de la presencia divina para invocar su atención privilegiada sobre el templo. Éste es la casa que corresponde a la morada celeste de Dios: entonces, la alianza se convierte en escucha confidente y la misericordia en respuesta generosa de perdón (v. 30).

Segunda lectura: 1 Pedro 2,4-9

Queridos hermanos: ⁴ Acercándoos a él, piedra viva rechazada por los hombres, pero escogida y preciosa para Dios, ⁵ también vosotros, como piedras vivas, vais construyendo un templo espiritual dedicado a un sacerdocio santo, para ofrecer, por medio de Jesucristo, sacrificios espirituales agradables a Dios. ⁶ Por eso dice la Escritura:

He aquí que coloco en Sión una piedra escogida, angular, preciosa; quien crea en ella, no quedará defraudado.

⁷ El honor es para vosotros, los creyentes. Para los incrédulos, sin embargo:

La piedra que desecharon los constructores se ha convertido en piedra angular.

⁸ Y también:

En piedra de tropiezo
y roca donde se estrellan.

Tropiezan, efectivamente, los que se niegan a acoger la Palabra, pues tal es su destino. ⁹ Vosotros, en cambio, sois linaje escogido, sacerdocio regio y nación santa, pueblo adquirido en posesión para anunciar las grandezas del que os llamó de las tinieblas a su luz admirable.

➔ Cristo resucitado es la gran piedra viva de un templo nuevo del que todo redimido está llamado a formar parte. Unidas a la piedra viva angular, se van añadiendo poco a poco otras piedras vivas que construyen ese edificio espiritual en el que se celebra el culto nuevo, interior, místico, por medio de un sacerdocio nuevo y santo: aquel para el que están habilitados todos los que participan plenamente de los bienes de gracia de la Iglesia.

Los redimidos, en efecto, constituyen la nación nueva y santa engendrada en la sangre del Salvador (*cf.* v. 9a). Éstos, como *linaje* bendito de Dios, comparten una *realeza*: proclamar las grandes obras de Dios, convirtiéndose en luz de su gloria (*cf.* v. 9b).

Evangelio: Juan 4,19-24

En aquel tiempo, la mujer [samaritana] replicó:

–Señor, veo que eres profeta. ²⁰ Nuestros antepasados rindieron culto a Dios en este monte; en cambio, vosotros, los judíos, decís que es en Jerusalén donde hay que dar culto a Dios.

²¹ Jesús respondió:

–Créeme, mujer, está llegando la hora, mejor dicho, ha llegado ya, en que para dar culto al Padre no tendréis que subir a este monte ni ir a Jerusalén. ²² Vosotros, los samaritanos, no sabéis lo que adoráis; nosotros sabemos lo que adoramos, porque la salvación viene de los judíos. ²³ Ha llegado la hora

en que los que rindan verdadero culto al Padre lo harán en espíritu y en verdad. El Padre quiere ser adorado así. ²⁴ Dios es espíritu, y los que lo adoran deben hacerlo en espíritu y en verdad.

➔ El lugar nuevo donde adorar al Padre es el cuerpo de Cristo resucitado. Jesús había hablado poco antes, en el texto de Juan, de un templo destruido y reconstruido en tres días, y, como señala el evangelista, se refería a su cuerpo.

En el diálogo con la samaritana encontramos respuesta y la continuación de esto mismo: la mujer habla del monte Garizim y de Jerusalén y de la *obligación* de adorar allí al Altísimo. Jesús toma sus distancias, supera la antigua tradición y remite más allá: ha llegado la plenitud del tiempo. Ya no se habla de adorar a *Dios*, sino «*al Padre*» (vv. 21.23). Ya no es tiempo de adoradores «farisaicos»: el Padre busca adoradores con espíritu de hijos, y no de ley, y con la verdad de santos en el amor. Estos adoradores serán ellos mismos templo de su gloria y adoración viviente.

MEDITATIO

La liturgia renovada subraya de un modo más claro el significado de la Iglesia-edificio como signo visible del único verdadero templo que es el cuerpo personal de Cristo y su cuerpo místico, esto es, la Iglesia esposa y madre, la cual celebra en un determinado lugar el culto en espíritu y en verdad (*cf.* Jn 4,23; Hch 2,46ss). Por encima de la sacralización del espíritu material, se nos estimula a captar en el Cristo hombre-Dios la verdadera sacralidad que de él se comunica a todo el pueblo santo y sacerdotal, bautizado y confirmado en el Espíritu, unido en la única oblación al sumo y eterno sacerdote (Heb 10,14). [...]

La casa del pueblo de Dios, en lo que se refiere a la estructura, el decoro y la funcionalidad, es algo que deben tomarse muy a pecho todos los creyentes, pues en ella renacen a la vida divina y en ella serán bendecidos para su último éxodo pascual hacia la patria. Es la casa de todos y como tal debe ser cuidada y custodiada con amor; también en su aspecto exterior, que es signo de nuestra pureza interior (Conferencia Episcopal Italiana, *Rito della dedizione di una chiesa*, Indicazioni pastorali, Roma 1981, 12-14).

ORATIO

De la oración de la dedicación de una iglesia:

Oh Dios, que diriges y santificas a tu Iglesia, acoge nuestro canto en este día de fiesta. Este lugar es signo del misterio de la Iglesia santificada por la sangre de Cristo, escogida por él como esposa, virgen por la integridad de la fe, madre siempre fecunda por el poder del Espíritu. Iglesia santa, viña elegida del Señor; Iglesia bienaventurada, morada de Dios entre los hombres; Iglesia sublime, ciudad elevada sobre el monte, clara a todos por su fulgor, donde resplandece como lámpara perenne el Cordero y donde se eleva festivo el coro de los bienaventurados. Ahora, oh Padre, envuelve de tu santidad esta Iglesia, a fin de que sea un lugar santo para todos.

CONTEMPLATIO

El pavimento

Aquí tocan nuestros pies la tierra sobre la que se levantan tantas paredes y columnas... Si no te pierdes entre ellas, sino que vas encontrando unidad y significado,

es porque el Pavimento te guía. Él unifica no sólo los espacios de una estructura renacentista, sino también los espacios dentro de nosotros, que caminamos así conscientes de nuestras debilidades y derrotas.

Eres tú, Pedro. Quieres ser aquí el pavimento sobre el que caminan los otros (que avanzan ignorando la meta) para llegar al lugar a donde diriges sus pasos unificando los espacios con la mirada que facilita el pensamiento. Quieres ser aquel que sostiene los pasos, como la roca sostiene el ruido del paso de un rebaño: roca también del pavimento de un templo gigantesco. Y el pasto es la cruz.

ACTIO

Repite y medita a menudo durante el día de hoy la enseñanza de san Pablo:

«*El templo de Dios es santo, y ese templo sois vosotros*» (1 Cor 3,17).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

El misterio de la Iglesia se remonta más allá de la historia. Son muchos los textos que hablan de ello: «Él nos eligió en Cristo antes de la creación del mundo, para que fuéramos su pueblo y nos mantuviéramos sin mancha en su presencia [...], misterioso plan, *escondido desde el principio de los siglos en Dios*» (Ef 1,4 y 3,9). Su preexistencia en la sabiduría de Dios indica la *naturaleza metahistórica* de la Iglesia. Las formas de la vida social son contingentes, pueden existir o no en función de la evolución histórica, pero la Iglesia no depende de la historia; la Iglesia irrumpe en el mundo precisamente porque *su génesis está en otro lugar*. La Iglesia, «*escondida desde toda la eternidad*» en Dios, preiniciada en el paraíso, prefigurada en Israel, desciende del cielo en las lenguas de fuego, *entra* en la historia en Jerusalén, el día de Pentecostés. Es la manifestación gradual de lo que

está escondido y se dirige hacia la «plenitud del que llena totalmente el universo» (Ef 1,23). Todas las criaturas en la tierra, bajo la tierra y en los cielos doblan la rodilla y convergen en la plenitud del Cristo total (P. Evdokimov, *L'Ortodossia*, Bolonia 1981, pp. 176ss [edición española: *Ortodoxia*, Edicions 62-Península, Barcelona, s.f.]).

San León Magno

10 de noviembre

León Magno, de origen toscano, subió a la cátedra de Pedro en el año 440 y desarrolló una acción decisiva sobre el destino de la Iglesia y del Imperio. En el año 451, por tanto durante su pontificado, se celebró el Concilio de Calcedonia, que definió la naturaleza humana y divina de la única persona de Cristo.

Salvó a Roma de la invasión de los hunos, guiados por Atila, y consiguió mitigar el saqueo de los vándalos. Como orador y escritor, comentó las principales solemnidades litúrgicas y dejó una colección de sermones, preludeo del «magisterio» papal que habría de tener después tanta importancia en la dirección de la Iglesia. Murió en el año 461 y fue reconocido con el sobrenombre de «Grande».

LECTIO

Primera lectura: 2 Corintios 5,14-20

Hermanos: ¹⁴ nos apremia el amor de Cristo, al pensar que, si uno ha muerto por todos, todos por consiguiente han muerto. ¹⁵ Y Cristo ha muerto por todos, para que los que viven no vivan ya para ellos, sino para el que ha muerto y resucitado por ellos. ¹⁶ Así que ahora no valoramos a nadie con criterios humanos. Y si en algún momento valoramos así a Cristo, ahora ya no. ¹⁷ De modo que si alguien vive en Cristo, es una nueva criatura; lo viejo ha pasado y ha aparecido algo nuevo. ¹⁸ Todo

viene de Dios, que nos ha reconciliado consigo mismo por medio de Cristo y nos ha confiado el ministerio de la reconciliación. ¹⁹ Porque era Dios el que reconciliaba consigo al mundo en Cristo, sin tener en cuenta los pecados de los hombres, y el que nos hacía depositarios del mensaje de la reconciliación. ²⁰ Somos, pues, embajadores de Cristo, y es como si Dios mismo os exhortara por medio de nosotros. En nombre de Cristo os suplicamos que os dejéis reconciliar con Dios.

➤ El ministerio apostólico brota enteramente de la *caridad*: caridad de Dios con el mundo, al que el Padre ha querido reconciliar consigo pagando el precio de la sangre de su Hijo (cf. vv. 12.21), y caridad de Cristo con todos nosotros, porque él asumió nuestras culpas y, por consiguiente, nuestra muerte (vv. 14ss). Esta caridad arde en el corazón de Pablo como fuego que devora: el amor de Cristo «*apremia*», «*urge*», para ser comunicado. La vida recibida a través de la muerte del Señor ha de ser transmitida para suscitar en todos una vida oblativa, dispensada no para nosotros mismos, sino para él (cf. v. 15).

En aquellos que acogen «*el mensaje de la reconciliación*» (v. 19), que los apóstoles llevan como embajadores de Dios y de Cristo (v. 20), comienza una creación nueva. El fuego encendido en el brasero incandescente de la Trinidad quiere propagarse por todas partes, a través de aquellos que se dejan consumir por él.

Evangelio: Mateo 16,13-19

En aquel tiempo, ¹³ de camino hacia la región de Cesarea de Filipo, Jesús preguntó a sus discípulos:

–¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?

¹⁴ Ellos le contestaron:

–Unos, que Juan el Bautista; otros, que Elías; otros, que Jeremías o uno de los profetas.

¹⁵ Jesús les preguntó:

–Y vosotros ¿quién decís que soy yo?

¹⁶ Simón Pedro respondió:

–Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo.

¹⁷ Jesús le dijo:

–Dichoso tú, Simón, hijo de Juan, porque eso no te lo ha revelado ningún mortal, sino mi Padre, que está en los cielos.

¹⁸ Yo te digo: tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del abismo no la hará perecer. ¹⁹ Te daré las llaves del Reino de los Cielos; lo que ates en la tierra quedará atado en el cielo, y lo que desates en la tierra quedará desatado en el cielo.

➡ En Cesarea de Filipo, Jesús hace balance de la situación: ¿qué ha comprendido la gente de él y qué es lo que han comprendido los suyos? La respuesta inmediata de Simón (v. 16) no procede del carácter impulsivo de Simón ni de una reflexión ponderada: es una revelación divina. Al reconocerle este don, Jesús le confía solemnemente una misión eterna, encerrada en un nombre nuevo: «*Pedro*» (v. 18); él será la roca, la piedra sobre la que se construirá la nueva comunidad mesiánica. La entrega de las llaves indica el poder de organizar y gobernar, mientras que el binomio «atar»-«desatar» (v. 19) alude a la potestad de declarar permitido o prohibido algo, con una autoridad que no está limitada a las cosas de esta tierra. Es una entrega de la que Cristo no se volverá atrás ni siquiera con motivo de la debilidad y de la negación de Pedro; en efecto, los dones y la llamada de Dios son irrevocables (cf. Rom 11,29).

MEDITATIO

Al acercarnos a san León Magno es significativo señalar que no poseemos de él más datos biográficos que los ligados a su ministerio. Podemos decir que el hombre ha sido absorbido completamente por la misión que le

confió el Señor. Como el apóstol Pablo, también León vivió la entrega de sí mismo a Dios por la Iglesia, y tuvo un vivísimo sentido de ser el sucesor de aquel Pedro que –por revelación del Padre– fue capaz de reconocer en Jesús al Mesías esperado. El misterio de Cristo, verdadero hombre y verdadero Dios, del que fue apasionado defensor, volvió cálida y profunda su palabra, le suscitó un vivísimo amor por la liturgia y le hizo capaz de convertir toda su vida –parafraseando una expresión que le era muy querida– en una espléndida realización de cuanto celebraba en el sacramento.

ORATIO

Demos, por tanto, queridos hermanos, gracias a Dios Padre por medio de su Hijo, en el Espíritu Santo, puesto que se apiadó de nosotros a causa de la inmensa misericordia con la que nos amó; estando nosotros muertos por los pecados, nos ha hecho vivir con Cristo, para que gracias a él fuésemos una nueva creatura, una nueva creación.

Despojémonos, por tanto, del hombre viejo con todas sus obras y, ya que hemos recibido la participación de la generación de Cristo, renunciemos a las obras de la carne. Reconoce, cristiano, tu dignidad y, puesto que has sido hecho partícipe de la naturaleza divina, no pienses en volver con un comportamiento indigno a las antiguas vilezas. Piensa de qué cabeza y de qué cuerpo eres miembro. No olvides que fuiste liberado del poder de las tinieblas y trasladado a la luz y al Reino de Dios.

Gracias al sacramento del bautismo, te has convertido en templo del Espíritu Santo; no se te ocurra ahuyentar con tus malas acciones a tan noble huésped.

(León Magno, «Sermón primero en la Natividad del Señor», 3.)

CONTEMPLATIO

Por tanto, todo lo que el Hijo de Dios hizo y enseñó con miras a la reconciliación del mundo no sólo lo conocemos por el relato de sus hechos pretéritos, sino que también lo experimentamos por la eficacia de sus obras presentes.

Él mismo, nacido de la Virgen Madre por obra del Espíritu Santo, es quien fecunda con el mismo Espíritu a su Iglesia incontaminada, para que, mediante la regeneración bautismal, sea engendrada para Dios una multitud innumerable de hijos, de los cuales se afirma que *traen su origen no de la sangre, ni del deseo carnal, ni de la voluntad del hombre, sino del mismo Dios*. Es en él mismo en quien es bendecida la posteridad de Abrahán por la adopción del mundo entero, y en quien el patriarca se convierte en padre de las naciones, cuando los hijos de la promesa nacen no de la carne, sino de la fe. Él mismo es quien, sin exceptuar pueblo alguno, constituye, de cuantas naciones hay bajo el cielo, un solo rebaño de ovejas santas, cumpliendo así día tras día lo que antes había prometido: *Tengo otras ovejas que no son de este redil; es necesario que las recoja, y oirán mi voz, para que se forme un solo rebaño y un solo pastor*.

Aunque dijo a Pedro, en su calidad de jefe: *Apacienta mis ovejas*, en realidad es él solo, el Señor, quien dirige a todos los pastores en su ministerio; y a los que se acercan a la piedra espiritual él los alimenta con un pasto tan abundante y jugoso que un número incontable de ovejas, fortalecidas por la abundancia de su amor, están dispuestas a morir por el nombre de su pastor, el buen pastor, que se dignó dar la propia vida por sus ovejas.

Y no sólo la gloriosa fortaleza de los mártires, sino también la fe de todos los que renacen en el bautismo, por el hecho mismo de su regeneración, participa en sus

sufrimientos. Así es como celebramos de manera adecuada la Pascua del Señor, con ázimos de pureza y de verdad: cuando, rechazando la antigua levadura de maldad, la nueva creatura se embriaga y se alimenta del Señor en persona. La participación del cuerpo y de la sangre del Señor, en efecto, nos convierte en lo mismo que tomamos y hace que llevemos siempre en nosotros, en el espíritu y en la carne, a aquel junto con el cual hemos muerto, bajado al sepulcro y resucitado.

(León Magno, «Sermón 12, sobre la pasión del Señor», 3, 6-7; PL 54, 355-357.)

ACTIO

Repite a menudo y medita hoy esta sentencia de san León Magno:

«Reconoce, cristiano, tu dignidad».

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

San León no es un teólogo especulativo, sino más bien el doctor que encuentra la formulación adecuada, precisa, destinada a fines catequéticos en la doctrina católica. Su actividad doctrinal brota de la tarea pastoral y del gobierno de la Iglesia. Se trata de una exposición clara y sencilla, exenta de artificio, que no tiene la finalidad de atraer la atención con imágenes y especulaciones maravillosas. Está dirigida a la fe del fiel y quiere llegar a él límpida como un rayo de sol y sencilla como Palabra de Dios.

El trabajo espiritual es el cultivo del campo de Dios, que es el alma: se trata de una batalla que el cristiano, que forma parte de la milicia de Cristo, entabla contra el diablo, usando como arma la cruz; es una preparación para el encuentro con el Señor; es adorno pascual del templo de Dios; es camino y progreso, constante e ininterrumpido, *por el camino angosto y difícil que lleva a Dios y aleja del camino ancho y fácil que*

*conduce a la perdición; al camino estrecho le corresponde el amor a Dios y al prójimo, como indefectible energía que nos hace correr y volar por los senderos de Cristo; al segundo le corresponde el amor a sí mismo y a las creaturas. El trabajo espiritual es asimismo victoria de la buena voluntad sobre todas las pasiones y enemigos espirituales; es embriaguez, es insuperable deleite en la práctica de la virtud; es bienaventuranza o, mejor, es la escalada a la bienaventuranza a través de los escalones indicados por Cristo en el Evangelio: pobreza, sufrimiento, misericordia, sencillez, pureza, paz (A. Valeriani, en *Leon Magno, L'osservanza cristiana*, Alba 1965, pp. 34.53).*

San Martín de Tours

11 de noviembre

Martín, nacido en Panonia (Hungría) en el año 316, fue destinado por su padre a la carrera militar. Siendo todavía catecúmeno, dio pruebas de coherencia cristiana y de amor a los pobres. Dejó las armas, bajo la guía de san Hilario de Poitiers, y se consagró a Dios profesando la vida monástica. Llevó, primero, una vida eremítica; más tarde, por consejo del mismo Hilario, fundó en Ligugé el primer monasterio de Occidente. En el año 373 fue elegido obispo de Tours, y hasta su muerte, acaecida el 397, se consagró con una solicitud incansable a la formación del clero, a la pacificación de los pueblos y a la evangelización. Fue uno de los primeros santos no mártires en ser honrado en la liturgia de la Iglesia.

LECTIO

Primera lectura: Isaías 61,1-3b

¹ El Espíritu del Señor está sobre mí,
porque el Señor me ha ungido.
Me ha enviado
para dar la Buena Nueva a los pobres,
para curar los corazones desgarrados,
y anunciar la liberación a los cautivos,
a los prisioneros la libertad.

² Me ha enviado para anunciar
un año de gracia del Señor

y un día de venganza para nuestro Dios;
 para consolar a todos los afligidos,
³ para alegrar a los afligidos de Sión;
 para cambiar su ceniza por una corona,
 su traje de luto por perfumes de fiesta
 y su abatimiento por cánticos.

➤ El profeta se presenta como heraldo de la alegre noticia, investido de autoridad por parte del Señor; el don del Espíritu recibido le impulsa a la misión. Hace presente y visible la solicitud de Dios por su pueblo, que ha vuelto del exilio, aunque está decepcionado por la desoladora situación que ha encontrado en su patria. Es un pueblo de «pobres» (*anawîm*), que necesita volver a encontrar la esperanza únicamente en el Señor; son gente herida en lo íntimo por la amarga experiencia que han sufrido; están reducidos a la cautividad y prisioneros por deudas (vv. 1b-3a).

El profeta ha sido enviado a todos ellos para anunciarles el año jubilar de la condonación, el año del nuevo comienzo, de la consolación. El que esté habitado por el Espíritu del Señor será capaz de transfigurar en lo íntimo la condición de todos los que tengan el «*espíritu triste*». Entonces, en contraposición con los árboles sagrados de los cultos idolátricos, los fieles de YHWH serán ellos mismo como encinas de santidad, obra del Señor y su gloria (v. 3c, omitido en el leccionario).

Evangelio: Mateo 25,31-40

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: ³¹ Cuando venga el Hijo del hombre en su gloria con todos sus ángeles, se sentará en su trono de gloria. ³² Todas las naciones se reunirán delante de él, y él separará unos de otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos, ³³ y pondrá las ovejas a un lado y los cabritos al otro. ³⁴ Entonces el rey dirá a los de un lado: «Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del Reino

preparado para vosotros desde la creación del mundo. ³⁵ Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me alojasteis; ³⁶ estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y fuisteis a verme». ³⁷ Entonces le responderán los justos: «Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te alimentamos; sediento y te dimos de beber? ³⁸ ¿Cuándo te vimos forastero y te alojamos, o desnudo y te vestimos? ³⁹ ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte?». ⁴⁰ Y el rey les responderá: «Os aseguro que cuando lo hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis».

➤ El discurso sobre el «juicio final» concluye el ministerio público de Jesús en el evangelio según san Mateo, marcando su punto culminante. Retomando el capítulo 7 de Daniel, Jesús habla del Hijo del hombre como del juez glorioso que introduce en el Reino de Dios. Todos, sin exclusión, serán sometidos a un preciso y cuidadoso discernimiento (vv. 32ss), cuyo criterio les sorprenderá. Sólo entonces se comprenderá que el Hijo del hombre venido en su gloria «*con todos sus ángeles*» (v. 31) estaba presente desde siempre en todos sus pobres. El que ahora aparece sentado en el trono se identifica con sus «*hermanos más pequeños*» (v. 40), que yacen en el polvo.

Son verdaderamente benditos y bienaventurados quienes han compartido en este mundo su porción de alegría con los afligidos, y se descubrirán, maravillados, como herederos de un Reino preparado para ellos por el Padre «*desde la creación del mundo*» (v. 34).

MEDITATIO

Martín es verdaderamente hijo bendito del Padre, y es venerado en todas partes. Colmado del Espíritu del Señor, amó a los hermanos con el corazón de Cristo. Por eso fue capaz de dar sin medida, con una caridad

intuitiva y preveniente, todo lo que había recibido, y antes que nada la vida de gracia.

Como monje, deseó entregarse enteramente a la oración; como obispo, se prodigó en el servicio a los enfermos y a los pobres, que le esperaban en el umbral de la iglesia para obtener de él la curación y recibir limosnas; y una vez llegó incluso a darles su capa, cuando acababa de ponerse las vestiduras litúrgicas. El alegre anuncio le llegó cuando prestaba el servicio militar: desde entonces, toda su vida se convirtió en una milicia por el Evangelio. Se mostró infatigable a la hora de llevar alegría a los afligidos, en conducir a los contendientes al perdón y a la paz, en señalar con su ejemplo la meta a la que todo hombre tiende: el Cielo, el Reino de Dios.

ORATIO

Haz, Señor, que, como san Martín, nadie pueda vernos nunca en cólera, que nadie nos encuentre turbados o desconsolados; enséñanos a estar constantemente serenos y pacificados, de modo que nuestro rostro se muestre siempre radiante, con una alegría, por así decirlo, celestial. Que no se encuentre en nuestros labios a nadie, sino a Cristo; ninguna otra cosa en nuestro corazón, sino el amor, la paz, la misericordia. Concédenos mantener en nosotros la calma en las dificultades e incluso llorar los pecados de quienes nos persiguen (*cf.* Sulpicio Severo, *Vita di san Martino* [existe edición española de sus *Obras completas*, Tecnos, Madrid 1987]).

CONTEMPLATIO

Los méritos de Martín son demasiado grandes para que podamos formularlos con palabras. Nunca pasó un

solo instante en el que no se entregara a la oración o no se aplicara a la lectura de las Sagradas Escrituras, y ni en la lectura ni en cualquier otra cosa que hiciera disminuía la intensidad de la oración en su alma. Nada hay de extraordinario en ello: del mismo modo que acostumbra los herreros, que en el intervalo de su trabajo, para aliviarse un poco de la fatiga, golpean el yunque, así Martín, incluso cuando parecía hacer cualquier otra cosa, oraba sin pausa. Oh varón verdaderamente santo, en el que no hubo fraude; a nadie juzgaba, a nadie condenaba, a nadie devolvía mal por mal. Mostró tanta paciencia en la defensa de las criaturas que hasta podía ser ultrajado impunemente hasta por los últimos clérigos, siendo él el sumo sacerdote, sin que por ello les retirara su afecto (Sulpicio Severo, *Vita di san Martino* XXVI, 3-5 [existe edición española de sus *Obras completas*, Tecnos, Madrid 1987]).

ACTIO

Repite hoy la frase que pronunció san Martín cuando se le acercaba la muerte:

«Señor, si aún soy necesario a tu pueblo, no rehúyo el trabajo; hágase tu voluntad» («Carta a Bassula», 6).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Si alguna vida de santo ha influido en la historia de las mentalidades es la de san Martín. Este personaje de ayer tiene la sorprendente capacidad de plantear las preguntas de siempre según el modo de pensar evangélico. Martín fue un perenne emigrante, como tanta gente de nuestros días, y lo fue, esencialmente, por razones «profesionales», antes de serlo por motivos religiosos. Esta impresionante migración en la larga vida de este hombre no fue nunca en él origen de ninguna desesta-

bilización: sus raíces se encuentran claramente fuera de la tierra de los hombres. Por eso, en los lugares por donde se movió o vivió, dio siempre la impresión de estar de paso, de modo semejante a los patriarcas, que iban en busca de una patria.

Martín lo hacía todo guiado por el Espíritu Santo. La calidad de una vida espiritual se mide por los frutos de la gracia y, especialmente, por la práctica de la caridad con humildad. Las características de su vida mística son las de un hombre resuelto, con la voluntad de un soldado, la fe de un niño, la obediencia de un monje, el ardor de un misionero y la seguridad de un sabio. Martín es, de manera incontestable, un santo para nuestro tiempo: frente al desarraigo, nos anima a echar nuestras raíces en otra tierra, la de Dios. Ya siendo un catecúmeno muy joven, orientaba a todos los que se preparaban para el bautismo, para el sacramento de la confirmación y para su primera comunión eucarística, en la búsqueda de su propia vocación. Como hombre que compartía y hombre de caridad, despertó la responsabilidad de cada uno frente a todo tipo de rechazo del pobre y del enfermo. Como monje antes que nada, permitió mirar la vida religiosa con ojos nuevos. Como obispo, invitó a encontrar al hombre en su integridad, a destruir los ídolos que lo mantienen esclavo para devolverlo a la vida. Como místico, es un guía segurísimo que conduce a Dios, siempre a la escucha del Verbo bajo la inspiración del Espíritu (J.-P. Longeat, «*Saint-Martin hier et aujourd'hui*», en *Lettre de Ligugé*, 1996).

San Alberto Magno

15 de noviembre

San Alberto nació en 1206 en el seno de una familia noble en Lauingen, en la Baviera alemana. Quien lo conoció dice de él que «era de buena talla y bien dotado de formas físicas. Poseía un cuerpo formado con bellas proporciones y perfectamente moldeado para todas las fatigas del servicio de Dios».

Su familia soñaba con que fuera un hombre de leyes, pues no le faltaba ni dinero ni talento. Estudió en las mejores universidades que existían en Europa. Conoció a un gran predicador compatriota suyo y, movido por su oratoria y por el espíritu de sus sermones, decidió ingresar, con la oposición de su familia, en la orden de predicadores.

Muy joven, fue enviado como profesor a su tierra, a Colonia, y más tarde a París. En la Sorbona tuvo como discípulo ilustre y predilecto a santo Tomás de Aquino. El papa Alejandro IV le nombró obispo, pero a los dos años, con nostalgia de su vida conventual dominicana, renunció al obispado. El 15 de noviembre de 1280, debilitado física y mentalmente, murió con serenidad y paz sobre su mesa de trabajo.

San Alberto Magno fue un místico que descubría a Dios en el encanto de la creación. Y un místico mariano, con una sencilla y profunda devoción a la Virgen María.

Fue canonizado por Pío XI el 16 de diciembre de 1931.

LECTIO

Primera lectura: Eclesiástico 6,18-21.32-37

¹⁸ Hijo, desde tu juventud ponte a aprender, y hasta encañecer hallarás sabiduría. ¹⁹ Como el que ara y el que siembra acércate a ella y espera sus buenos frutos, pues en su cultivo trabajarás poco y presto saborearás sus frutos. ²⁰ La sabiduría es difícil para los ignorantes e insoportable para los insensatos. ²¹ Como pesada piedra de prueba pesará sobre él, no tardará en arrojarla.

³² Si quieres, hijo, te harás sabio; si te entregas a ella con ilusión, serás avisado. ³³ Si te gusta escuchar, aprenderás; si sabes escuchar, serás sabio. ³⁴ Júntate con los ancianos y, si ves a un sabio, vete con él. ³⁵ Escucha de buen grado toda palabra que viene de Dios, y no dejes pasar las sentencias prudentes. ³⁶ Si ves a un hombre inteligente, vete pronto con él: que tu pie gaste los umbrales de su puerta. ³⁷ Medita los mandamientos del Señor y aplícate sin cesar a sus preceptos. Él hará firme tu corazón y te dará la sabiduría tan deseada.

➔ El texto proclamado en la primera lectura de la fiesta del sabio y santo Alberto está tomado del libro del Eclesiástico, escrito por otro sabio, Jesús Ben Sira, anterior a Cristo. Estos diez versículos forman parte de un himno a la sabiduría, a la sensatez. Si leyéramos el himno completo (6,18-37), encontraríamos tres imágenes con las que el autor exalta la sabiduría. Con el apelativo entrañable de «hijo» está invitando al creyente a vivir como enamorado de la sabiduría.

La primera comparación que utiliza es imaginarse la sabiduría como un campo fértil que debe ser trabajado con constancia para poder gozar pronto de sus frutos. A los necios los compara con los cargadores, los braceros que llevan pesadas cargas.

La segunda comparación del preso encadenado voluntariamente a la sabiduría ha sido suprimida en esta

lectura, y se pasa a la tercera imagen: representa al creyente como discípulo que desea vivir junto a los sabios para respirar continuamente la sabiduría y profundizar en la ley del Señor. Es lo que repetirá más tarde, en el capítulo 39,1-3.

Evangelio: Juan 15,1-8

¹ Yo soy la vid verdadera, y mi Padre, el viñador. ² Él corta todos los sarmientos que no dan fruto en mí y limpia los que dan fruto para que den más. ³ Vosotros estáis ya limpios por la palabra que os he dicho. ⁴ Seguid unidos a mí, que yo lo seguiré estando con vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo si no está unido a la vid, así tampoco vosotros si no estáis unidos a mí. ⁵ Yo soy la vid; vosotros, los sarmientos. El que permanece unido a mí y yo en él, da mucho fruto, porque sin mí no podéis hacer nada. ⁶ Al que no está unido a mí se le echa fuera, como a los sarmientos, que se amontonan, se secan y se les prende fuego para que se quemem. ⁷ Si estáis unidos a mí y mis enseñanzas permanecen en vosotros, pedid todo lo que queráis y se os concederá. ⁸ Mi Padre es glorificado si dais mucho fruto y sois mis discípulos.

➔ La imagen de la viña/vid está muy presente en la Biblia para designar a Israel en cuanto pueblo elegido y cuidado amorosamente por Dios. Con esta alegoría, Jesús afirma que él es la verdadera vid, es decir, que el verdadero pueblo de Dios ya no es Israel, sino la nueva comunidad que él funda en medio del mundo para expandirse. La pertenencia a ese pueblo de Dios ya no depende de una herencia, sino de la participación de la vida de Jesús.

Los sarmientos no tienen vida propia ni pueden dar fruto sin savia. El discípulo y la comunidad carecen de vitalidad, y serán estériles si no están unidos a Jesús y reciben de él su Espíritu vivificador.

MEDITATIO

Los jardines, los parques, los frutales y los majuelos tienen que ser escardados y podados. En esta alegoría que utiliza el evangelista Juan, nosotros somos los sarmientos; Jesús, la vid, y el Padre, el viñador. Él, como buen viñador, nos poda. Poda a los que dan fruto para que den más. Nos corta los brotes de soberbia y de comodidad que nos impiden dar fruto. A los sarmientos improductivos y bravíos no los poda, sino que los corta.

El Padre tiene muchos instrumentos para podarnos: la comunidad, los amigos, también los que nos critican y nos hacen frente. Otras veces, es la vida misma, con sus luces y sus sombras, con sus vendavales o sus brisas serenas, la que nos arranca o nos invita a ser coherentes y desprendernos de las ramas superfluas...

ORATIO

Corta por lo sano, Señor, mis ramas improductivas de orgullo y vanidad.

Elimina, sin dolor, el follaje que en mí sólo es apariencia y superficialidad.

No me arrojes lejos de tu viña. Límpiame y abóname una vez más. Amén.

CONTEMPLATIO

Haced esto en conmemoración mía. Dice: Haced esto. No podríamos imaginarnos un mandato más provechoso, más dulce, más saludable, más amable, más parecido a la vida eterna. Y lo vamos a demostrar punto por punto.

Lo más *provechoso* en nuestra vida es lo que nos sirve para el perdón de los pecados y la plenitud de la gracia. Él, el Padre de los espíritus, nos instruye en lo

que es provechoso para recibir su santificación. Su santificación consiste en su sacrificio, esto es, en su ofrecimiento sacramental, cuando se ofrece al Padre por nosotros y se ofrece a nosotros para nuestro provecho. Por ellos me consagro yo. Cristo, que en virtud del Espíritu eterno se ha ofrecido a Dios como sacrificio sin mancha, podrá purificar nuestras conciencias de las obras muertas, llevándonos al culto del Dios vivo.

Es también lo más *dulce* que podemos hacer. ¿Qué puede haber más dulce que aquello en que Dios nos muestra toda su dulzura? A tu pueblo lo alimentaste con manjar de ángeles, proporcionándole gratuitamente, desde el cielo, pan de mil sabores, a gusto de todos; este sustento tuyo demostraba a tus hijos tu dulzura, pues servía al deseo de quien lo tomaba y se convertía en lo que uno quería.

Es lo más *saludable* que se nos podía mandar. Este sacramento es el fruto del árbol de la vida, y el que lo come con la devoción de una fe sincera no saboreará jamás la muerte.

Es lo más *amable* que se nos podía mandar. Este sacramento es causa de amor y unión. La máxima prueba de amor es darse uno mismo como alimento. Es imposible un modo de unión más íntimo y verdadero.

Y es lo más *parecido a la vida eterna* que se nos podía mandar. La vida eterna viene a ser una continuación de este mandamiento, en cuanto que Dios penetra con su dulzura en los que gozan de la vida bienaventurada.

(*Del comentario de san Alberto Magno a Lc 22,19.*)

ACTIO

Repite con frecuencia y vive durante la jornada de hoy:

«Entre vosotros, el más importante ha de ser como el menor, y el que manda, como el que sirve».

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Él mismo contaba que de joven le costaban los estudios, y por eso una noche decidió huir del colegio donde estudiaba. Pero al tratar de salir por una escalera colgada de una pared, en la parte de arriba, le pareció ver a Nuestra Señora la Virgen María, que le dijo: «Alberto, ¿por qué en vez de huir del colegio, no me rezas a mí, que soy "Trono de la Sabiduría?" . Si me tienes fe y confianza, yo te daré una memoria prodigiosa. Y para que sepas que sí fui yo quien te la concedí, cuando ya te vayas a morir olvidarás todo lo que sabías». Y así sucedió: al final de su vida, un día en un sermón se le olvidó todo lo que sabía, y dijo: «Es señal de que ya me voy a morir, porque así me lo anunció la Virgen Santísima». Y se retiró de sus labores y se dedicó a orar y a prepararse para morir, y a los pocos meses murió.

Dedicación de las basílicas de San Pedro y San Pablo

18 de noviembre

En este día se celebra, desde el siglo IV, una fiesta en honor de los templos dedicados a los dos grandes apóstoles Pedro y Pablo. Han sido tantas las peregrinaciones a estos lugares, donde, según la tradición, murieron estos dos santos, que se ha reservado este día para festejar y venerar la basílica de san Pedro, en el Vaticano, y la de san Pablo, en la vía Ostiense.

LECTIO

Primera lectura: Hechos de los apóstoles 28,11-16.30-31

¹¹ Al cabo de tres meses nos hicimos a la mar en un barco de Alejandría que había invernado en la isla. Era el *Cástor y Pólux*.

¹² Arribamos a Siracusa y nos detuvimos tres días; ¹³ desde allí, costeando, fuimos a Regio. Al día siguiente se levantó el viento del sur y, dos días después, llegamos a Pozzuoli,

¹⁴ donde encontramos hermanos, que nos instaron a quedarnos con ellos una semana; desde allí nos dirigimos a Roma. ¹⁵ Los hermanos de Roma, que tenían noticias de nuestra llegada, nos salieron al encuentro en Foro Apio y Tres Tabernas; Pablo, al verlos, dio gracias a Dios y cobró ánimos. ¹⁶ Cuando entramos en Roma, a Pablo le permitieron quedarse en una casa particular con un soldado que lo custodiase.

³⁰ Pablo estuvo dos años en una casa alquilada; allí recibía a todos los que iban a verlo, ³¹ predicando el Reino de Dios y enseñando las cosas referentes al Señor Jesucristo con toda libertad y sin obstáculo alguno.

➤ Esta primera lectura hace referencia al último viaje misionero del apóstol Pablo, desde Jerusalén hasta Roma. Es el final del libro de los Hechos de los apóstoles. Ha llegado la meta del programa misionero esbozado por Jesús al comienzo de este libro (Hch 1,8). Pablo ha sido acusado, como Jesús, de faltas graves de carácter religioso según la ley de Moisés. En todo el viaje que hace como prisionero, no pierde ocasión para seguir anunciando el Evangelio.

El fragmento que se lee en esta fiesta es un breve resumen de la llegada y de su actividad en Roma. Nada se dice de su muerte. El autor de este libro no se detiene en ese hecho. Termina diciendo que, aunque Pablo estaba prisionero, «la Palabra de Dios no está encadenada» (2 Tim 2,9); podía anunciar el Reino de Dios y enseñar cuanto se refiere a Jesucristo. Desde que se encontró con él en el camino de Damasco, vivió anunciándolo a tiempo y a destiempo, con ocasión y sin ella, porque para él su vivir era Cristo.

Evangelio: Mateo 14,22-33

²² Después obligó a los discípulos a que se embarcaran y se le adelantaran rumbo a la otra orilla, mientras él despedía a la gente. ²³ Y una vez que la despidió, subió al monte, a solas, para orar; al caer la tarde, estaba solo allí. ²⁴ Mientras, la barca se hallaba ya en medio del lago, batida por las olas, porque el viento era contrario. ²⁵ Hacia las tres de la madrugada se dirigió a ellos andando sobre el lago. ⁶ Los discípulos, al verlo caminar sobre el lago, se asustaron y decían: «¡Es un fantasma!», y se pusieron a gritar llenos de miedo. ²⁷ Jesús les dijo: «Tranquilizaos. Soy yo, no tengáis miedo». ²⁸ Pedro le respondió: «Señor, si eres tú, mándame ir a ti sobre las

aguas». ²⁹ Él dijo: «Ven». Pedro saltó de la barca y fue hacia Jesús andando sobre las aguas. ³⁰ Pero, al ver la fuerza del viento, se asustó y, como empezaba a hundirse, gritó: «¡Sálvame, Señor!». ³¹ Jesús le tendió la mano, lo agarró y le dijo: «Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado?». ³² Cuando subieron a la barca, el viento se calmó. ³³ Y los que estaban en ella se postraron ante él, diciendo: «Verdaderamente, tú eres el hijo de Dios».

➡ El segundo texto de la fiesta de hoy habla de los discípulos y de Pedro con ellos. El relato nos está presentando de manera simbólica la situación en la que se encuentra la comunidad de Mateo después de la resurrección de Jesús. Él está lejos, y ellos se encuentran en la oscuridad de la noche y a merced del mar y de los vientos. La barca agitada por el viento es imagen de la Iglesia acosada y perseguida. A los discípulos les resulta muy difícil reconocer la presencia de Jesús resucitado. Pedro, cabeza de la Iglesia, muestra tener una fe frágil, llena de miedos y vacilaciones. El episodio concluye con un solemne acto de fe proclamando a Jesús como Hijo de Dios.

MEDITATIO

No es malo tener miedo; es como una señal de alarma que nos pone en guardia ante lo que puede dañarnos o destruirnos. Cuando un creyente acosado por el miedo grita como Pedro: «¡Sálvame, Señor!», ese grito quizás no le quite el miedo. La fe no dispensa de buscar otros remedios a la angustia. Sin embargo, todo cambia si en el fondo del corazón despierta la confianza en Dios. Esa confianza es la que nos salva. Pablo hace un elenco largo de las fatigas, peligros y miedos que ha tenido que pasar por Cristo (2 Cor 11,22-33), y todo lo fue superando por la fuerza de aquel que lo salvó. Dios es una mano tendida que nadie puede quitar: La fi-

delidad y la misericordia de Dios están por encima de todo. Por encima, incluso, de toda fatalidad y de toda culpa.

ORATIO

«¡Sálvame, oh Dios, que estoy con el agua al cuello!»
(salmo 69).

CONTEMPLATIO

Vale mucho a los ojos del Señor la vida de sus fieles, y ningún género de crueldad puede destruir la religión fundada en el misterio de la cruz de Cristo. Las persecuciones no son en detrimento, sino en provecho de la Iglesia, y el campo del Señor se viste siempre con una cosecha más rica al nacer multiplicados los granos que caen uno a uno.

Por esto, los millones de bienaventurados mártires atestiguan cuán abundante es la prole en la que se han multiplicado estos dos insignes vástagos plantados por Dios, ya que aquéllos, emulando los triunfos de los apóstoles, han rodeado nuestra ciudad por todos los lados con una multitud purpurada y rutilante, y la han coronado a la manera de una diadema formada por una hermosa variedad de piedras preciosas.

De esta protección, amadísimos hermanos, preparada por Dios para nosotros como un ejemplo de paciencia y para fortalecer nuestra fe, hemos de alegrarnos siempre que celebramos la conmemoración de cualquiera de los santos, pero nuestra alegría ha de ser mayor aún cuando se trata de conmemorar a estos padres, que destacan por encima de los demás, ya que la gracia de Dios los elevó, entre los miembros de la Iglesia, a tan

alto lugar, que los puso como los dos ojos de aquel cuerpo cuya cabeza es Cristo.

Respecto a sus méritos y virtudes, que exceden cuanto pueda decirse, no debemos hacer distinción ni oposición alguna, ya que son iguales en la elección, semejantes en el trabajo, parecidos en la muerte.

Como nosotros mismos hemos experimentado y como han comprobado nuestros mayores, creemos y confiamos que no ha de faltarnos la ayuda de las oraciones de nuestros particulares patronos para obtener la misericordia de Dios en medio de las dificultades de esta vida; y así, cuanto más nos oprime el peso de nuestros pecados, más levantarán nuestros ánimos los méritos de los apóstoles.

(Sermón 82 del papa san León Magno, en el natalicio de los apóstoles Pedro y Pablo.)

ACTIO

Repita hoy esta frase de Pedro a Jesús:

¡Sálvame, Señor!

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Encuentro de Pedro y Pablo en Jerusalén:

Cuando Dios, que me había elegido desde el vientre de mi madre, me llamó por su gracia y me dio a conocer a su Hijo para que yo lo anunciara entre los paganos, inmediatamente, sin consultar a nadie, en lugar de ir a Jerusalén a ver a los que eran apóstoles antes que yo, me fui a Arabia y luego volví a Damasco. Al cabo de tres años fui a Jerusalén para conocer a Pedro y estuve con él quince días. Y no vi a ningún otro apóstol fuera de Santiago, el hermano del Señor. En todo esto que os escribo, bien sabe Dios que no miento. Después fui a las regiones de Siria y de Cilicia, y, en cambio, era desconocido personal-

mente por las iglesias cristianas de Judea. Tan sólo oían decir: «El que antes nos perseguía, ahora anuncia la fe que trataba de destruir», y glorificaban a Dios por mi causa.

Al cabo de catorce años, volví a Jerusalén con Bernabé, llevando también a Tito. Fui, impulsado por una revelación divina, y, en privado, expuse a los dirigentes el Evangelio que predico a los paganos, para saber si estaba o no trabajando inútilmente. Pues ni Tito, mi compañero, que era griego, fue obligado a circuncidarse, a pesar de que esos falsos hermanos intrusos se habían infiltrado entre nosotros para espiar la libertad que tenemos en Cristo Jesús y hacernos esclavos de la ley. Pero ni por un momento les prestamos sumisión, para que la verdad del Evangelio perseverare entre vosotros. Los dirigentes no me añadieron nada –lo que ellos fueron antes, no me interesa, pues Dios no juzga por las apariencias–; antes al contrario, vieron que yo había recibido la misión de anunciar el Evangelio a los paganos, como Pedro a los judíos, pues el mismo Dios que hizo a Pedro apóstol de los judíos me ha hecho a mí apóstol de los paganos; y Santiago, Pedro y Juan, que eran considerados como columnas, reconocieron que Dios me ha dado este privilegio, y nos dieron la mano a mí y a Bernabé en señal de que estaban de acuerdo en que nosotros nos dedicáramos a los paganos y ellos a los judíos, con tal que nos acordásemos de los pobres, lo que he procurado hacer con el máximo interés (Gal 1,15).

Presentación de la Santísima Virgen María

21 de noviembre

Sólo los apócrifos imaginan y se extienden en la descripción de la presentación de María en el templo de Jerusalén. Junto a este templo decretó construir el emperador Justiniano una iglesia mariana, que fue dedicada el 21 de noviembre del año 543 y destruida setenta años después.

Esta memoria se instauró como celebración litúrgica en Constantinopla en el siglo VIII. Su difusión en Occidente fue lenta y tuvo lugar primero en el ámbito local; en 1472, fue extendida a toda la Iglesia latina. Ésta figura entre las memorias que, «prescindiendo del aspecto apócrifo, proponen contenidos de alto valor ejemplar, continuando venerables tradiciones» (*Marialis cultus*, 8).

LECTIO

Primera lectura: Zacarías 2,14-17

¹⁴ Salta de gozo, alégrate, Sión:
porque yo vengo a habitar
en medio de ti, oráculo del Señor.

¹⁵ Aquel día, numerosas naciones
se incorporarán al Señor,
se harán pueblo mío;
yo habitaré en medio de ti
y sabrás que el Señor todopoderoso
es quien me ha enviado a ti.

¹⁶ El Señor hará de Judá
su herencia en la tierra santa
y elegirá de nuevo a Jerusalén.

¹⁷ Que calle ante el Señor todo ser vivo,
porque sale de su santa morada
dispuesto a intervenir.

➔ Este oráculo data probablemente de febrero del año 519 a. de C., cuando se inició la reconstrucción del templo en Jerusalén, mientras algunos israelitas están todavía lejos de la patria y afloran vigorosas esperanzas de renacimiento. Estos cuatro versículos se encuentran en el centro de la tercera de las ocho visiones oraculares de Zacarías. El texto es claramente festivo, y resuena en él una de las convicciones y experiencias que figuran entre las más firmes de Israel: la presencia del Señor en medio de su pueblo, su morada en el templo como en su casa.

El mensaje confirma una fe, injerta una esperanza, fortalece una actitud, porque el Señor se presenta en el templo, garantiza una morada estable, preanuncia su propia disponibilidad a una acogida universal, exhorta, por una parte, a la alegría en la forma de exultación y, por otra, a la contemplación silenciosa de su presencia.

Evangelio: Marcos 3,31-35

En aquel tiempo, ³¹ llegaron su madre y sus hermanos y, desde fuera, lo mandaron llamar. ³² La gente estaba sentada a su alrededor y le dijeron:

–¡Oye! Tu madre, tus hermanos y tus hermanas están fuera y te buscan.

³³ Jesús les respondió:

–¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?

³⁴ Y mirando entonces a los que estaban sentados a su alrededor, añadió:

–Éstos son mi madre y mis hermanos. ³⁵ El que cumple la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre.

➔ El contexto de la perícopa no silencia la existencia de un problema en las relaciones de Jesús con algunos familiares e intelectuales (vv. 20-30). Jesús supera la crisis relacional con su madre y sus hermanos, o sea, sus seres más íntimos, abriendo los confines de la familiaridad con él a todo aquel que consolida y hace visible la conciencia de cumplir la voluntad de Dios. Se trata de un desafío.

La comparación con los textos más detallados y «versátiles» de Mt 12,46-50 y Lc 8,19-21 y 11,27ss resuelve los flecos o apariencias de dureza y el carácter expeditivo del relato de Marcos. Este último emplea un solo verbo para indicar a los auténticos familiares de aquel rabí problemático: «cumplir» (en griego, *poiéo*). «*El que cumple la voluntad de Dios*» desde la perspectiva de Jesús iluminada por el lenguaje evangélico no es el esclavo ejecutor, sino el trabajador dinámico y el oyente creativo, es quien se aplica a la tarea con eficacia y vigor vital, un creador de consecuencias coherentes con la Palabra de Dios. Jesús es maestro en ese «cumplimiento». María, además de madre, es su discípula en esa modalidad del cumplir la Palabra de Dios, bienaventurada ella, porque ha creído.

MEDITATIO

El acontecimiento de la «presentación» no aparece en ningún texto neotestamentario, y, además, es improbable lo que cierta tradición le atribuye, a saber: confiar una niña al clero de Jerusalén, en un templo inaccesible, por otra parte, a las mujeres. Ahora bien, el leccionario litúrgico ofrece una propuesta unitaria para dar verosimilitud a la interpretación del acontecimiento: es *la tipología de la presencia*. Ambas lecturas se detienen en torno a esa modalidad relacional.

El oráculo de Zacarías proclama la presencia de Dios en el templo y transmite la palabra del mismo Dios, que se presenta desplegando el sentido y el significado de esa deliberación suya.

El evangelio según Marcos refiere una presencia de María en el lugar en el que se encuentra Jesús, y las palabras de éste hacen las veces de presentación de la identidad de quien él considera su auténtica familia. El mensaje se presenta bastante claro: el Señor está presente ante la persona humana, y a ésta se le abre la vía para presentarse ante el Señor. El templo asume la función de hacer visible el encuentro entre dos presencias.

Sobre el fondo de un símbolo delicado como es la presencia de una niña en la solemnidad de un templo, o sea, precisamente la susodicha «presentación», la liturgia nos invita hoy a meditar sobre el sentido de una *presentación de nosotros mismos ante el Señor*. Nuestra propia presencia ante el Señor se convierte en presentación cada vez que ésta es iluminada, explicada, motivada, cultivada por una conciencia.

El símbolo de la presentación de María en el templo, por consiguiente, equivaldría a la conciencia de la identidad de María y de su función junto al Mesías, que va creciendo poco a poco: primero, por parte de sus familiares —o sea, la de los otros—; a continuación, por parte de la misma María y, por último, por parte de los posteriores creyentes. El sentido sustancial es éste: María está siempre en presencia del Señor, totalmente dedicada a servir, peregrina en el conocimiento.

ORATIO

Santa María, hija del Israel y guardiana del Evangelio, salve. Mujer casta, florecida a la luz del amor del Señor, socórrenos en el trabajo de apartar los velos que

obstaculizan la pureza de nuestro corazón para ver a Dios; mujer humilde, crecida a la sobra del Omnipotente, guíanos a la alegría del testimonio de que hemos encontrado al Señor.

Virgen orante en las liturgias de tu pueblo, peregrina ante Dios en su templo santo, presencia materna en la Iglesia en oración, acompáñanos cuando nos presentemos ante la Santísima Trinidad para implorar misericordia y contemplar su rostro.

Templo santificado por el Espíritu, custodia en los santos braseros los granos de incienso de nuestros sacrificios y las luces encendidas de nuestras esperanzas mediante tu caridad agradable a Dios. Sierva presente en toda fiesta de fraternidad, acoge la oración de tus siervos.

CONTEMPLATIO

Preocupaos más, hermanos míos, preocupaos más, por favor, de lo que dijo el Señor, extendiendo la mano sobre sus discípulos: *Éstos son mi madre y mis hermanos, y quien hiciere la voluntad de mi Padre, que me envió, es para mí un hermano, hermana y madre* (Mt 12,49-50). ¿Acaso no hacía la voluntad del Padre la Virgen María, que en la fe creyó, en la fe concibió, elegida para que de ella nos naciera la salvación entre los hombres, creada por Cristo antes de que Cristo fuese en ella creado? Hizo sin duda Santa María la voluntad del Padre; por eso, es más para María ser discípula de Cristo que haber sido madre de Cristo. Más dicha le aporta el haber sido discípula de Cristo que el haber sido su madre. Por eso era María bienaventurada, pues antes de dar a luz llevó en su seno al Maestro. Mira si no es cierto lo que digo. Mientras caminaba el Señor con las turbas que le seguían, haciendo divinos milagros, una mujer gritó: ¡Bie-

naventurado el vientre que te llevó! Más, para que no se buscara la felicidad en la carne, ¿qué replicó el Señor? *Más bien, bienaventurados los que oyen la Palabra de Dios y la guardan* (Lc 11,27-28). Por eso era bienaventurada María, porque oyó la Palabra de Dios y la guardó: guardó la verdad en la mente mejor que la carne en su seno. Verdad es Cristo, carne es Cristo; Cristo Verdad estaba en la mente de María, Cristo carne estaba en el seno de María: más es lo que está en la mente que lo que es llevado en el vientre. Santa es María, bienaventurada es María, pero mejor es la Iglesia que la Virgen María. ¿Por qué? Porque María es una porción de Iglesia, un miembro santo, un miembro excelente, un miembro supereminente, pero al fin miembro de un cuerpo entero. Si es parte del cuerpo entero, más es el cuerpo que uno de sus miembros. El Señor es cabeza y el Cristo total es cabeza y cuerpo. ¿Qué diré? Tenemos una cabeza divina, tenemos a Dios como cabeza (Agustín de Hipona, *Sermón 72/A, 7*).

ACTIO

Permanece largo tiempo en la iglesia ante una imagen de María y repite hoy:

«Bienaventurado el que cumple la voluntad de Dios».

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Y cuando la niña llegó a la edad de tres años, Joaquín dijo: «Llamad a las hijas de los hebreos que estén sin mancilla y que tome cada cual una lámpara, y que estas lámparas se enciendan, para que la niña no vuelva atrás y para que su corazón no se fije en nada que esté fuera del templo del Señor». Y ellas hicieron lo que se les mandaba, hasta el momento en que subieron al templo del Señor. Y el gran sacerdote recibió a la

niña y, abrazándola, la bendijo y exclamó: «El Señor ha glorificado tu nombre en todas las generaciones. Y en ti, hasta el último día, el Señor hará ver la redención por él concedida a los hijos de Israel».

E hizo sentarse a la niña en la tercera grada del altar, y el Señor envió su gracia sobre ella, y ella danzó sobre sus pies y toda la casa de Israel la amó.

Y sus padres salieron del templo llenos de admiración y glorificando al Omnipotente, porque la niña no se había vuelto atrás. Y María permaneció en el templo del Señor, nutriéndose como una paloma, y recibía su alimento de manos de un ángel (*Protoevangelio de Santiago* VII, 2–VIII, 1).

Santa Cecilia

22 de noviembre

Al igual que la de otros mártires de los primeros siglos cristianos, la vida de santa Cecilia nos es casi desconocida. Las *Actas del martirio* (siglos V-VI), aunque no tienen un carácter histórico y calcan esquemas hagiográficos típicos, reciben, no obstante, la confirmación de la historicidad de la mártir por el culto que se le atribuía ya antes del año 313, atestiguado por la inserción del nombre de Cecilia en los antiguos martirologios y en el canon romano, por la dedicación de la basílica homónima en el Trastevere y por la datación del sarcófago que inicialmente contuvo sus restos (siglo III).

A Cecilia se la considera patrona de la música y del canto a causa de la interpretación que la piedad popular dio a la expresión de las *Actas*: «*Actibus organis Caecilia decantabat in corde suo*».

LECTIO

Primera lectura: Oseas 2,16.17.21ss

Así dice el Señor:

¹⁶ la llevaré al desierto
y le hablaré al corazón.

¹⁷ Le devolveré sus viñedos,
haré del valle de Acor
una puerta de esperanza;

y ella me responderá allí
 como en los días de su juventud,
 como el día en que salió de Egipto.

²¹ Te desposaré conmigo para siempre,
 te desposaré en justicia y en derecho,
 en amor y en ternura;

²² te desposaré en fidelidad,
 y tú conocerás al Señor.

➔ En el marco de un proceso entablado por el esposo contra la esposa infiel, el texto que la liturgia nos ofrece presenta la reconquista de la esposa-Israel mediante un acto unilateral de amor del esposo-YHWH.

Después de haber comprendido que era Dios quien le había proporcionado toda bendición, Israel emprenderá el camino de retorno a él. Esto sucederá «*en el desierto*» (v. 16). Oseas piensa en el desierto donde, liberado de la esclavitud de Egipto (v. 17d), el pueblo aceptó la alianza que Dios le ofreció. Ése fue el tiempo del nacimiento de Israel como pueblo, el tiempo de su elección por parte de YHWH, garante de la alianza (cf. Dt 4,31; 7,9; Sal 89,35).

Pese a sus repetidas infidelidades, Israel recibe de Dios la posibilidad de un nuevo comienzo lleno de esperanza, y levanta su canto alegre (v. 17). El amor pasional, íntimo y comprometedor de un hombre por su mujer (v. 16) ofrece a Oseas –por vez primera entre los profetas– la imagen más evocadora de la relación entre Dios e Israel. Israel, profundamente regenerado por el amor y por la ternura fieles de YHWH, puede responder viviendo la comunión con su Señor para siempre (vv. 21ss).

Evangelio: Mateo 25,1-13

En aquel tiempo, propuso Jesús a sus discípulos esta parábola: ¹ Sucede con el Reino de los Cielos lo que con aquellas

diez jóvenes que salieron con sus lámparas al encuentro del esposo. ² Cinco de ellas eran necias y cinco sensatas. ³ Las necias, al tomar las lámparas, no se proveyeron de aceite, ⁴ mientras que las sensatas llevaron aceite en las alcuzas, junto con las lámparas. ⁵ Como el esposo tardaba, les entró sueño y se durmieron. ⁶ A medianoche se oyó un grito: «Ya está ahí el esposo, salid a su encuentro». ⁷ Todas las jóvenes se despertaron y prepararon sus lámparas. ⁸ Las necias dijeron a las sensatas: «Dadnos de vuestro aceite, que nuestras lámparas se apagan». ⁹ Las sensatas respondieron: «Como no vamos a tener bastante para nosotras y vosotras, será mejor que vayáis a los vendedores y os lo compréis». ¹⁰ Mientras iban a comprarlo, vino el esposo. Las que estaban preparadas entraron con él a la boda y se cerró la puerta. ¹¹ Más tarde llegaron también las otras jóvenes diciendo: «Señor, señor, ábrenos». ¹² Pero él respondió: «Os aseguro que no os conozco». ¹³ Así pues, vigilad, porque no sabéis el día ni la hora.

➡ El fragmento del evangelio elegido para celebrar la memoria de santa Cecilia, donde se cuenta la historia de las diez muchachas que esperan al esposo de cuyo cortejo nupcial forman parte, está insertado en el marco del «discurso escatológico» (Mt 24,1-25,46), en el que se declara en distintas ocasiones la indeterminación del momento en el que vendrá el Hijo del hombre (cf. Mt 24,27.30.44).

En su aspecto específico, la parábola pone de relieve la dilación de tal venida e insiste en la necesidad de estar preparados *de todos modos*. Eso es lo que se afirma en la exhortación final (v. 13). Si bien la reacción de las muchachas ante el retraso del esposo es la misma («*les entró sueño y se durmieron*»: v. 5), la parábola insiste en la previsión de algunas (v. 4) respecto a las otras (v. 3), fruto del significado que cada una atribuye al acontecimiento esperado. El diferente desenlace es inapelable: el que no está preparado no podrá recibir ayuda *in extremis* (vv. 8-10); cada uno deberá asumir las consecuencias de la opción que haya hecho (vv. 11ss).

MEDITATIO

El amor con el que Dios nos ama es personal, intenso, profundo; no tiene límites ni condiciones. Es un amor fiel, que nunca desaparece, que siempre ofrece la posibilidad de nuevos inicios. La iniciativa es constantemente de Dios, que, sin embargo, nos deja a cada uno la responsabilidad y la alegría de adherirnos.

Santa Cecilia, con su vida personal, nos muestra la disponibilidad de una creyente para dejarse amar y para responder con todo su ser a tanto amor. Es tan precioso para Cecilia el don recibido del Señor que no se olvida de nada a fin de estar preparada para el encuentro con él. Cecilia, que a través de la fe ha conocido al Señor, invita a otros –y en primer lugar a su esposo– a la comunión con él, animándole a la perseverancia en las dificultades. La oración, que alimenta su relación con el Señor, la mantiene vigilante en la espera de la venida de él, fuerte y alegre cuando ésta tenga lugar a través de una muerte cruenta.

Cecilia, que se nos da a nosotros como testigo de una fidelidad a toda prueba, nos recuerda que la fe es un don que se refuerza compartiéndolo. El Señor lo otorga a todos, pero nos corresponde a nosotros animarnos los unos a los otros para acogerlo. Cecilia nos invita a hacer todo para no ajar este don en la trivialidad y en el «dado por descontado», sino a vivirlo con firmeza y con alegría, convirtiendo nuestra existencia en un canto de alabanza al Señor.

ORATIO

Señor Jesús, tú fuiste enviado por el Padre a este mundo para hablar a los hombres de su amor, de suerte que volvieran a vivir la amistad con él.

Confirma en la fe a los que ya han recibido el bautismo: sé su fuerza en la adversidad, y sostenlos y confórmalos en la certeza de la vida bienaventurada y sin fin.

Haz que la espera de tu venida gloriosa fortalezca su don de amor en el presente, seguros de que quien pierde su propia vida la recobraré para siempre.

CONTEMPLATIO

Una cosa es decir «no» a alguien que adelanta propuestas hábiles y lisonjeras y permanecer así en la verdad y mantener los votos pronunciados; otra es permanecer firmes también frente a los tormentos y las heridas. Son éstos los recursos que se esconden en la intimidad del alma y de sus facultades: la tentación los descubre, la prueba concreta los da a conocer.

Adelante, santos de Dios, niños y jovencitos, hombres y mujeres, solteros y solteras. Proseguid con perseverancia hasta el fin. Alabad al Señor tanto más dulcemente cuanto más intensamente penséis en él. Esperad en él con tanta más felicidad cuanto mayor sea el celo con el que le servís. Que tanto más ardiente sea vuestro amor por él cuanto mayor sea el cuidado en complacerle. Con los lomos ceñidos y las lámparas encendidas, esperad al Señor a su regreso de las bodas. En las bodas del Cordero cantad un cántico nuevo, acompañándoos con vuestras cítaras. A buen seguro, no será ese canto el mismo que cantará la tierra entera, a quien se dice: «*Cantad al Señor un cántico nuevo; cantad al Señor toda la tierra*» (Sal 95,1). Será un canto que nadie podrá cantar, sino vosotros.

(Agustín de Hipona, *La verginità consacrata*, Roma 1982, 152.117.)

ACTIO

Repite a menudo y vive hoy la Palabra:

«Ya está ahí el esposo, salid a su encuentro» (Mt 25,6b).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

El creyente está siempre colocado frente a la elección entre los ídolos y Dios, para lo que tiene que pagar el precio del martirio, del exilio y hasta el de la huida al desierto, la persecución. [...]. Toda criatura a la que se le dé un valor absoluto, perdiendo su referencia al Creador, se convierte en un ídolo, puesto que se separa de Dios, se insinúa entre el hombre y su único Señor usurpándole su señorío. En realidad, todo puede convertirse en nuestra vida y en nuestro mundo en un ídolo: las cosas que son y las que nosotros elaboramos a través del trabajo (cf. Sab 13,1-7.10-19), si se convierten en absoluto, si capturan nuestra libertad, si concentran sobre sí nuestras atenciones produciéndonos vértigo, no son sino nuevos *Baalím*, «amos», «ídolos». No queda más que desenmascararlos y abatirlos no con nuestras fuerzas, sino en nombre de quien los venció en la cruz: Jesús el Mesías, cueste lo que cueste, aunque sea incluso el martirio. [...]

Ahora bien, existe en la eucaristía una realidad muy exigente, que es unir nuestra comida de ofrenda y sacrificio a la de Cristo: en la eucaristía no es posible detenerse antes de la ofrenda de toda nuestra vida al Padre, una ofrenda total, completa, hasta el martirio. Si nuestra celebración eucarística diaria significa realizar «*el culto espiritual en la ofrenda de nuestros cuerpos vivos*» (cf. Rom 12,1), también es cierto que el *télos* al que debemos tender es el martirio, porque en el martirio no está sólo la *res*, es más la *res tantum*. Es temible acercarse a la eucaristía con esta conciencia, pero si no queremos ofrecer un «sacrificio cadavérico», es decir, la ofrenda de nuestra vida real y sólo más allá de nuestra muerte natural, debemos estar dispuestos a ser destrozados, entregados, muertos violentamente como el Señor. El cristiano, asociado a la pascua de Cristo, ya está muerto y sepultado con Cristo en el bautismo; por eso, no le queda más que

ser glorificado, en el sentido joánico del término, a través de una participación en la muerte del Señor en la realidad de su carne. Así, la eucaristía es el martirio, acto supremo de unión total y definitiva con Cristo (E. Bianchi, *Il radicalismo cristiano*, Turín ²1980, pp. 23.24.123.124.130ss.133.134).

San Andrés

30 de noviembre

Andrés, que ya era discípulo de Juan el Bautista, se puso a seguir a Jesús cuando el precursor le señaló como «Cordero de Dios» (cf. Jn 1,35-40). Le comunicó a Pedro, su hermano, que había descubierto al Mesías (cf. Jn 1,41ss). Ambos fueron llamados por Jesús a orillas del lago de Genesaret para ser «pescadores de hombres» (Mt 4,18ss). Fue Andrés el que, en la multiplicación de los panes, indicó a Jesús al niño que tenía los cinco panes y los dos peces (Jn 6,8ss). Junto con Felipe, Andrés le dijo al Nazareno que algunos griegos querían verle (Jn 12,20ss). Según la tradición, Andrés murió crucificado en Patras; por eso se venera su memoria de un modo absolutamente especial en la Iglesia griega.

LECTIO

Primera lectura: Romanos 10,9-18

Hermano: ⁹ si proclamas con tu boca que Jesús es el Señor y crees con tu corazón que Dios lo ha resucitado de entre los muertos, te salvarás. ¹⁰ En efecto, cuando se cree con el corazón actúa la fuerza salvadora de Dios, y cuando se proclama con la boca se alcanza la salvación. ¹¹ Pues dice la Escritura: *Quienquiera que ponga en él su confianza no quedará defraudado.* ¹² Y no hay distinción entre judío y no judío, pues uno mismo es el Señor de todos, rico para todos los que lo in-

vocan. ¹³ En una palabra, *todo el que invoque el nombre del Señor se salvará.*

¹⁴ Ahora bien, ¿cómo van a invocar a aquél en quien no creen? ¿Y cómo van a creer en él si no les ha sido anunciado?

¹⁵ ¿Y cómo va a ser anunciado si nadie es enviado? Por eso dice la Escritura: *¡Qué hermosos son los pies de los que anuncian buenas noticias!*

¹⁶ Pero no todos han aceptado la Buena Nueva. Isaías lo dice: *Señor, ¿quién ha dado crédito a nuestro mensaje?* ¹⁷ En definitiva, la fe surge de la proclamación, y la proclamación se verifica mediante la palabra de Cristo. ¹⁸ Y digo yo: ¿es que no han oído? ¡Todo lo contrario! *A toda la tierra ha llegado la voz de los mensajeros y hasta los confines del mundo sus palabras.*

➔ Según el mensaje paulino, es la fe lo que conduce a la salvación, por el simple hecho de que con ella nos abandonamos libre y totalmente a Dios (*cf. Dei Verbum* 5), reconociéndole como Salvador. Ahora bien, a la fe se llega mediante la escucha de la predicación.

El objeto de ambas, de la fe y de la predicación, es el misterio de Jesús-Señor, muerto y resucitado por el poder de Dios Padre. Por eso, al creer, todo hombre y toda mujer de buena voluntad se apropia de sí mismo y se convierte en propiedad de Dios, garantía y fundamento de toda posible confianza humana en él. Con todo, y siempre según la enseñanza de Pablo, también la predicación presupone un acontecimiento de gran importancia: un acontecimiento de carácter histórico, que aparece como absolutamente necesario. El que predica debe poder decir que ha sido enviado: la predicación presupone la misión, y ésta constituye el punto de amarre entre el que predica y el que es predicado, entre el enviado y el que envía.

El destino universal del mensaje evangélico pasa, por consiguiente, a través de un hecho histórico completamente particular: la elección que hizo Jesús de sus testigos y el envío de los mismos en misión.

Evangelio: Mateo 4,18-22

En aquel tiempo, ¹⁸ paseando junto al lago de Galilea, vio a dos hermanos: Simón, llamado Pedro, y su hermano Andrés, que estaban echando la red en el lago, pues eran pescadores.

¹⁹ Les dijo:

–Venid detrás de mí y os haré pescadores de hombres.

²⁰ Ellos dejaron al instante las redes y lo siguieron. ²¹ Más adelante vio a otros dos hermanos: Santiago, el de Zebedeo, y su hermano Juan, que estaban en la barca con su padre Zebedeo, reparando las redes. Los llamó también, ²² y ellos, dejando al punto la barca y a su padre, lo siguieron.

➔ Jesús se apresura, al comienzo de su ministerio público, a reunir a su alrededor algunos discípulos, a los que dirige una enseñanza completamente particular, porque quiere que sean sus seguidores y sus testigos. A su tiempo, después de la resurrección de Jesús, serán enviados a todo el mundo, a fin de que el Evangelio pueda seguir su curso hasta el final. Los Doce, de pescadores de peces, se convertirán en pescadores de hombres. No se trata de un simple juego de palabras, sino de lo que el mismo Jesús les dice: *«Ellos dejaron al instante las redes y lo siguieron»* (v. 19).

Andrés, junto con su hermano Simón, fue uno de los primeros que escuchó la llamada de Jesús y le siguió con prontitud. Mateo otorga un relieve particular a la prontitud con la que Pedro y Andrés respondieron a la llamada de Jesús: *«Y ellos, dejando al punto la barca y a su padre, lo siguieron»* (v. 20).

Un poco más adelante (v. 22), el mismo evangelista Mateo afirma que, en realidad, los primeros discípulos de Jesús no dejaron sólo las redes, la barca y su profesión, sino también a su padre. El seguimiento de Jesús, el auténtico que transforma la vida, no deja lugar a tergiversaciones ni concede descuento alguno: es, por propia naturaleza, radical y totalitario.

MEDITATIO

Nuestra reflexión se va a detener en un par de detalles que nos ofrece la página evangélica. En primer lugar, el hecho histórico según el cual los primeros discípulos siguieron a Jesús *de dos en dos*. No parece que haya que desatender esta información que nos ofrecen los evangelistas. También hoy el seguimiento de Jesús mediante la experiencia de una compañía, de una auténtica amistad humana, es extremadamente positivo; puede favorecer la decisión, la adhesión y la perseverancia. Tal vez el mundo contemporáneo tenga también necesidad de este testimonio, un testimonio con el que los seguidores de Jesús muestran que son capaces de valorar todo lo que hay de bueno y santo en las relaciones amistosas.

La *prontitud* con la que los primeros discípulos de Jesús siguen a su maestro merece asimismo una atención especial. Decir prontitud significa desprendimiento de todo lo que puede lentificar el paso hacia Jesús, sobre todo de aquello que, en cierto modo, podría despistarnos del camino emprendido. Decir prontitud significa también la voluntad de establecer un atraque fuerte y decisivo en Jesús, único fin de nuestra propia vida, único destinatario de nuestro propio amor. Por eso, decir prontitud significa radicalidad evangélica; con ella, todo resulta bello y ligero al final; sin ella, todo resultaría fatigoso e insoportable en cada instante.

ORATIO

¿Por qué, Señor, son tan pocos los que prestan hoy oído a tu voz? ¿Por qué disminuye cada vez más el número de los que están dispuestos a seguirte por el camino de la radicalidad evangélica? ¿Acaso se ha apagado tu voz entre nosotros? ¿O tal vez es menos perceptible tu presencia entre los jóvenes de hoy? ¿Acaso estás tan

escondido que es casi imposible reconocerte presente y cercano a cada uno de nosotros?

Sin embargo, oh Señor, tú estás en medio de nosotros, vives a nuestro lado, nos acompañas de una manera discreta, pero real, por los caminos que recorremos. Haz, oh Señor, que tu Palabra resuene más eficaz que nunca hoy para todos nosotros. Haz, oh Señor, que tu presencia sea advertida y reconocida hoy más que nunca, sobre todo por los jóvenes. De este modo, el espinoso problema de la falta de vocaciones dejará de angustiarnos, porque todos nos abandonaremos a tu solicitud de pastor bueno.

CONTEMPLATIO

Ponerse en camino significa exteriorizarse, romper la costra del egoísmo, que intenta encerrarnos en nuestro propio «yo».

Ponerse en camino significa dejar de girar sobre uno mismo como si fuéramos el ombligo del mundo y de la vida.

Ponerse en camino significa no dejarse encerrar en el círculo de problemas del pequeño mundo al que pertenecemos. Por muy importantes que sean, la humanidad es más grande y es precisamente a esta humanidad a la que servimos.

Ponerse en camino no significa devorar kilómetros, atravesar océanos o alcanzar la velocidad supersónica. Significa, ante todo, abrirse a los demás, descubrirles, encontrarse con ellos (Dom Helder Camara).

ACTIO

Repite a menudo y vive durante la jornada la Palabra:

«Venid detrás de mí y os haré pescadores de hombres»
(Mt 4,19).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

En el hombre actúan múltiples fuerzas: conociéndolas, puede abarcar todas las cosas que hay a su alrededor —estrellas y montañas, mares y ríos, plantas y animales, y toda la humanidad que está cerca de él—, y de este modo puede enriquecer su mundo interior. Puede amarlas, puede odiarlas y rechazarlas; puede ponerse contra ellas o bien tender a ellas y atraerlas hacia sí. Puede actuar sobre el mundo que le rodea y modificarlo según su propia voluntad. Un variado fluctuar de alegría y de codicia, de aflicción y de amor, de calma y de excitación acompaña el ritmo del corazón.

Sin embargo, su fuerza más noble es ésta: reconocer que hay algo más elevado por encima de él, venerar este algo más elevado e insertarse en él. El hombre puede conocer a Dios por encima de él, puede adorarle y puede ofrecerse a sí mismo «a fin de que Dios sea glorificado». Esta es la ofrenda: que la sublimidad de Dios brille en el espíritu; que el hombre adore esta sublimidad; que no se detenga de una manera egoísta en sus propias posesiones, sino que las trascienda, que se comprometa a sí mismo a fin de que sea glorificado el excelso Dios. La fuerza más profunda del alma es su capacidad de ofrenda. Es en lo íntimo del hombre donde tienen su sede la calma y la limpidez de donde sube la ofrenda a Dios (Romano Guardini).